

6-4

30 CT/



MOMENTO CULMINANTE DE LA LUCHA SOSTENIDA CON LA POLICIA

UN ARISTOCRATA SE MATA EN PARIS

Final de una vida novelesca

Todos los periódicos han dado la noticia de haber sido encontrado muerto en una de las habitaciones del suntuoso piso que habitaba en Neuilly, el conde de Santa Cruz de los Manueles de acaudalada familia, y que a pesar del desahogo en su posición económica no fué feliz, haciendo que su desventurada vida terminase dándose un pistoletazo en la sien.

Tenía veintiocho años, y ostentaba el título nobiliario de referencia por enlace matrimonial con la condesa del mismo nombre, con la que casó hace algunos años según dicen algunos sin que el matrimonio le llevase el amor.

Sobre las causas que le impulsaron a darse la muerte circulan diversas y contradictorias versiones en los círculos españoles y mundanos de París. Según algunos testimonios, la documentación del finado aparece a nombre de Carlos Benítez Rojas. Se le tenía por hijo natural del conocido filántropo don Gregorio del Amo, residente en California; había cursado sus estudios de segunda enseñanza en Francia, y al contraer matrimonio con la condesa de Santa Cruz de los Manueles, alquiló un suntuoso piso de un alquiler anual de 30.000 francos en la casa número 34 bis de la rue de Longchamps, de Neuilly.

En 1928 los esposos se separaron, sin que nunca se supieran las causas de tal determinación. El conde siguió viviendo en el piso de Neuilly. La condesa, según algunas versiones, viajó por diversos países de Europa, y luego se instaló en París en casa de una familia de su amistad.

El conde de Santa Cruz de los Manueles, que re-

cibía una pensión mensual de 25.000 francos que le enviaban de California, era de un natural generoso y muy desprendido. Frecuentaba los bares de moda y no se distinguía por su sobriedad. Algunas personas que tuvieron ocasión de tratarle aseguran que tenía un carácter de abierta cordialidad, aun cuando desde la fecha en que se separó de su mujer sus íntimos observaron en él síntomas de depresión nerviosa acaso un comienzo de neurastenia. Se lamentaba con frecuencia de disponer de una habitación demasiado grande para él solo. Aludía con acento defraudado a la volubilidad de las mujeres y a la vaciedad de su vida, que se le antojaba desprovista de sentido. Caía con frecuencia en crisis sentimentales. Mientras estas duraban no salía de sus habitaciones, a las que se hacía llevar hasta la comida. Tuvo una época de intoxicación debida al uso immoderado de los estupefactivos; pero más tarde logró curarse con ayuda de algunos amigos que le disuadieron de continuar aquellas prácticas de toxicomanía. Teniendo la fuerza de voluntad de casi curarse sin tener necesidad de hacer cura de sanatorio.

Su escaso sentido de la realidad de la vida y su noción arbitraria del valor del dinero hicieron que algunas veces, no obstante recibir la importante pensión mensual que se indica, sufriera agobios económicos de carácter transitorio. Ultimamente salía poco de paseo y pasaba horas enteras en su casa de Neuilly fumando y leyendo. Ocurría a veces que se encontraba con su esposa en restaurantes del barrio de la Opera y de los Campos Elíseos. Se saludaban cortésmente y cambiaban impresiones superficiales;

pero esos días, el conde, de regreso a su casa, bebía más que de ordinario y sufría crisis de desesperación, o bien salía de madrugada de su domicilio y se trasladaba a diversos establecimientos nocturnos de Montmartre, donde se entregaba a diversas excentricidades como si tratara de aturdirse.

El amor, sin duda, había hecho presa en él, y sentía la tristeza de su vida vacía, de su vida sin objeto y sin finalidad. El conde de Santa Cruz de los Manueles terminó su vida desventurada haciéndose un disparo de revólver en la cabeza, del que murió instantáneamente. ¿Se suicidó el conde de Santa Cruz por amor? Por algunos indicios se puede creer así. Se suicidó por un amor que no supo conservar, por el amor de la esposa.

Al conde de Santa Cruz, desde que rompió los vínculos matrimoniales solo se le conocieron "amigas" circunstanciales que solo vivían en el interés del desventurado aristócrata unas noches, a veces unas horas. No se le conoció, pues, una "amistad" duradera, aunque eran muchas las mujeres que le solicitaban a causa, sin duda, de su desahogada situación económica. En los cabarets de Montmartre, en los restaurantes de noche de l'Etoile era conocido entre cuantos los frecuentaban, gentes amigas de la broma y de los buenos vinos.

El conde de Santa Cruz dió término, suicidándose, al drama de su vida, que es drama en el que solo entra el sentimiento, puesto que los medios en que su vida se desenvolvía no podían ser mas espléndidos. ¿Tiene alguien el secreto de cuanto ha ocurrido? Sería interesante saberlo, y contarlo a los lectores.



El aristócrata Conde de Santa Cruz de los Manueles, instantes después de suicidarse, dándose un tiro, en su casa de Neuilly.

LO QUE NOS DICEN los criminalistas

Una entrevista con Salazar Alonso



Rafael Salazar Alonso, ilustre abogado, defensor de Gonzalo de la Colina.

¿Cuál ha sido su momento de mayor emoción defendiendo a un procesado?

Cuando nos disponíamos a una íntima conversación Rafael Salazar Alonso y yo, el despacho de la Diputación provincial de Madrid, se llena de gente, y el ilustre abogado cede su deseo más grato cual es charlar de cosas judiciales y procesales, a las exigencias burocráticas y a las necesidades políticas. Con un gesto un poco cansado se pone a examinar expedientes, pero ese gesto un poco cansado no dice despreocupación. Salazar Alonso—lo conozco hace muchos años; aún no soñaba con el porvenir que su inteligencia le abre—es de los pocos hombres que pone en la vida un ansia romántica preocupándose de todo y para todos. Así logra que asuntos distantes de sus actividades, completamente separados de su órbita de acción, logren su favor y su atención y tengan en él un enterado y entusiasta valedor.

—Taxonera, aquí no podemos hablar; no nos dejan. ¿Quiere usted que charlemos un rato esta noche, como otras tantas noches en que apaciblemente discurríamos ante un vaso de cerveza o por las calles encalmadas y solitarias de este encantador Madrid? Váyame a buscar esta noche, a las once, al teatro María Guerrero. Tengo una Asamblea y he de pronunciar un discurso. Le espero.

Me estrecha la mano. Salgo. El salón contiguo al despacho del presidente de la Diputación provincial de Madrid, está lleno de gente que espera

de Salazar Alonso una prueba de amistad o de favor. La hallarán. Es seguro.

Va muy de avanzada la noche. Remontamos la calle de Alcalá. Hace frío. Las gentes salen de los teatros.

—Salazar Alonso ¿cuál ha sido su momento de mayor emoción en su vida de abogado criminalista?

Medita un instante. Se embraza a mí. Me dice.

—Verá usted. Era el año de 1924. Dictadura. Métodos enérgicos. Absorción de poder en una sola mano, y no digo en una sola inteligencia porque todo cuanto se hacía era ininteligente. En la puerta de la iglesia de San Ginés, un muchacho enamorado mata a tiros a su novia. En los días en que la causa está en período de sumario pasan cosas muy raras. Hasta sobre los testigos actúan coacciones; luego las pruebas se llevan bajo influencias más o menos efectivas. En este ambiente de pasión entro yo haciéndome cargo de la defensa del desdichado Gonzalo de la Colina. En mis entrevistas con el muchacho, en la cárcel, me doy cuenta de que es un carácter, pero no puedo prever que se definiera tan a maravilla como se definió en algunos momentos, y entre esos momentos en el que voy a relatar...

Después de algunos incidentes dilatorios se celebra la vista. El ambiente de pasión se había acentuado aún más; se veían muchas influencias y se admitían muchas maniobras. Acusaba el fiscal Escosura. Escosura era todo una barba blanca, todo el peso de la ley, toda la rigidez del código, todo garrote vil. Escosura tenía enfrente a un abogado joven, que lo mismo que sabía mantener la ley sabía de la flexibilidad que hay que darle a éstas cuando ha de caer sobre delitos en cuya comisión han entrado crisis sentimentales y matices temperamentales. La vista había despertado, no solo entre el público, sino, también, entre la gente de toga, una gran expectación. Realmente se pedía por el fiscal y por el acusador privado una pena que no correspondía a los antecedentes concurrentes a la comisión del delito. Las sesiones se desenvolvían entre grandes inquietudes y grandes tirantes. Escosura ponía todos los medios para que triunfara su tesis de culpabilidad. Hasta hacía algunas objeciones detonantes y agresivas. Una de ellas, impropia de un

fiscal fué la de decir en determinado momento.

—¡Todo eso que dice el procesado son cuentos, son invenciones, que le van haciendo decir!...

No puedo resistir un momento de indignación, y con toda la fuerza que creía me daba mi derecho protesté ante la Presidencia. Mi protesta levantó rumores. Nueva frase despectiva de Escosura, al que ya le temblaba la blanca barba. Nueva protesta mía. La sala se llenaba de los rumores que producía el público. Alguien a mi lado me surgió la idea de que pidiese la suspensión de la vista. Así lo hice. Se me negó. Insistí; dije que me ponía enfermo, que por nada podía continuar. Y en estos instantes, en estos angustiosos instantes, otra voz sonó a mi lado, creo que la de un relator—"Se está usted jugando la vida de esta muchacha". Gonzalo de la Colina, en el banquillo, con la cabeza entre las manos, asistía a aquella tempestad en los instantes más críticos puesto que lo que se debatía era su vida. Gonzalo de la Colina oyó perfectamente la frase dicha, creo, repito, que por uno de los relatores. Levantó la cabeza. Me miró, y me vió indignado, dolido, angustiado, y entre sollozos me dijo:

¡Muy bien, Salazar, muy bien. Cumple usted con su deber. Muy bien, aunque me maten.

Este ha sido, amigo Taxonera, el momento de mayor emoción de mi vida como abogado criminalista, vida relativamente corta porque mis aficiones, va lo sabe usted no van por ese lado. Si alguna especialización tengo y algo me gusta es la parte civil, a la que llevó mi afición y mis estudios.

—¿Gonzalo de la Colina, está ya la libre, cumplida la condena que le fué impuesta.

—Sí. Creo que sí. Estos últimos indultos deben de haber acortado mucho su pena.

Y como recordando cuanto pasó, me dice:

—En aquella causa había tantas cosas. Las personas que en ella intervenían, se movían por tantas cosas... No quiero recordar, me es doloroso recordar. Es ingrata la labor del criminalista. Su labor es continuamente de una intensa emoción, y casi siempre a esa emoción se rinde, a veces hasta con olvido de la ley, con olvido notorio de la ley.

LUCIANO DE TAXONERA



Rafael Salazar Alonso, en su despacho, en la Diputación de Madrid, habla con nuestro compañero Luciano de Taxonera.

EL SUCESO DE LA SEMANA

Un adulterio y un hombre herido

Un hombre hiere gravemente a otro. En esta forma escueta telegráfica, llega a conocimiento de los reporteros en las primeras horas de la noche del pasado viernes, el crimen del Paseo de la Florida. Aquí de las llamadas telefónicas a las Comisarias, las visitas al Juzgado de guardia y todo el movimiento necesario para ampliar los detalles y ponerse el reporter sobre la pista de lo ocurrido.

Ya se conoce al fin "el lugar del suceso", y hacia allá se encamina el periodista pensando, mientras el taxi salta de laforadamente por el empedrado, cuales serían las angustias y cuanta la impaciencia de los compañeros, que en tiempos no muy lejanos, solo tuvieron como medio más rápido de transporte el clásico "simón".

Y en el Paseo de la Florida, frente a frente de la incógnita que representa el suceso, hay que preguntar, inquirir detalle por detalle, de todos aquellos que presenciaron el drama o que conocieran a los protagonistas y que como si obedecieran a una consigna esquivan las preguntas o callan negando haberlo presenciado, tal es el temor que la gente siente al verse mezclada en estos sucesos en que hubo sangre.

Y con los datos que allí se han podido recoger y los adquiridos en la Comisaría y en la Casa de Socorro en un momento, sobre la mesa de la redacción o en el primer café que se halle al paso, redactar el suceso venciendo la última dificultad, darle la menor extensión posible, ya que es limitado el espacio en el periódico, sin dejar por ello olvidado el mas pequeño detalle que pueda interesar al público.

LA NOTICIA EN LA PRENSA

En las primeras horas de la noche de ayer, ha tenido lugar en el Paseo de la Florida, un sangriento suceso a consecuencia del cual ha resultado un hombre gravemente herido.

En el número 11 de dicho paseo, vive en compañía de su esposa Felicidad Huerga, Amadeo González Lafuente, que presta sus servicios como camarero en la Compañía de Coches Camas. Parece ser que hace pocos días Felicidad confesó a su esposo que Fernando Crespo, fogonero de la Compañía del Norte, la había invitado una vez al cine, a lo que ella accedió, llevándola después a cierta casa donde abusó de ella. Como a pesar de rechazarle el seguía requiriéndola de amores, quería que él lo supiera para que pusiera término a tan desagradable situación. El marido se presentó en el depósito de máquinas de la estación, acompañado de un hermano de Felicidad para pedir explicaciones de su actitud al galanteador, éste al escuchar las imputaciones que se le hacían las negó rotundamente y como en esta conversación llegaron a la puerta de su casa, Amadeo hizo por mediación de su cuñado comparecer a su mujer, celebrándose entre esta y Fernando, un careo en el que Felicidad repitió sus acusaciones y como el joven callase, interpretando el marido este silencio como una confesión, sacó un arma haciéndolo, un disparo sobre Fernando que cayó al suelo con un balazo en el torax, siendo conducido por varios testigos al Equipo Quirúrgico del Centro, en estado gravísimo.

El agresor se dio a la fuga, presentándose después en la Comisaría de la Estación del Norte.

El herido, que ha pesar de la gravedad de su estado ha podido declarar, ha manifestado que no es cierto que hiciera ninguna proposición a Felicidad y si la llevó al cine fué a requerimiento de ella.

COMO REFIERE FELICIDAD LO SUCEDIDO

Siempre en el desarrollo de todo suceso existe una mujer que directamente o con su influencia lo ha



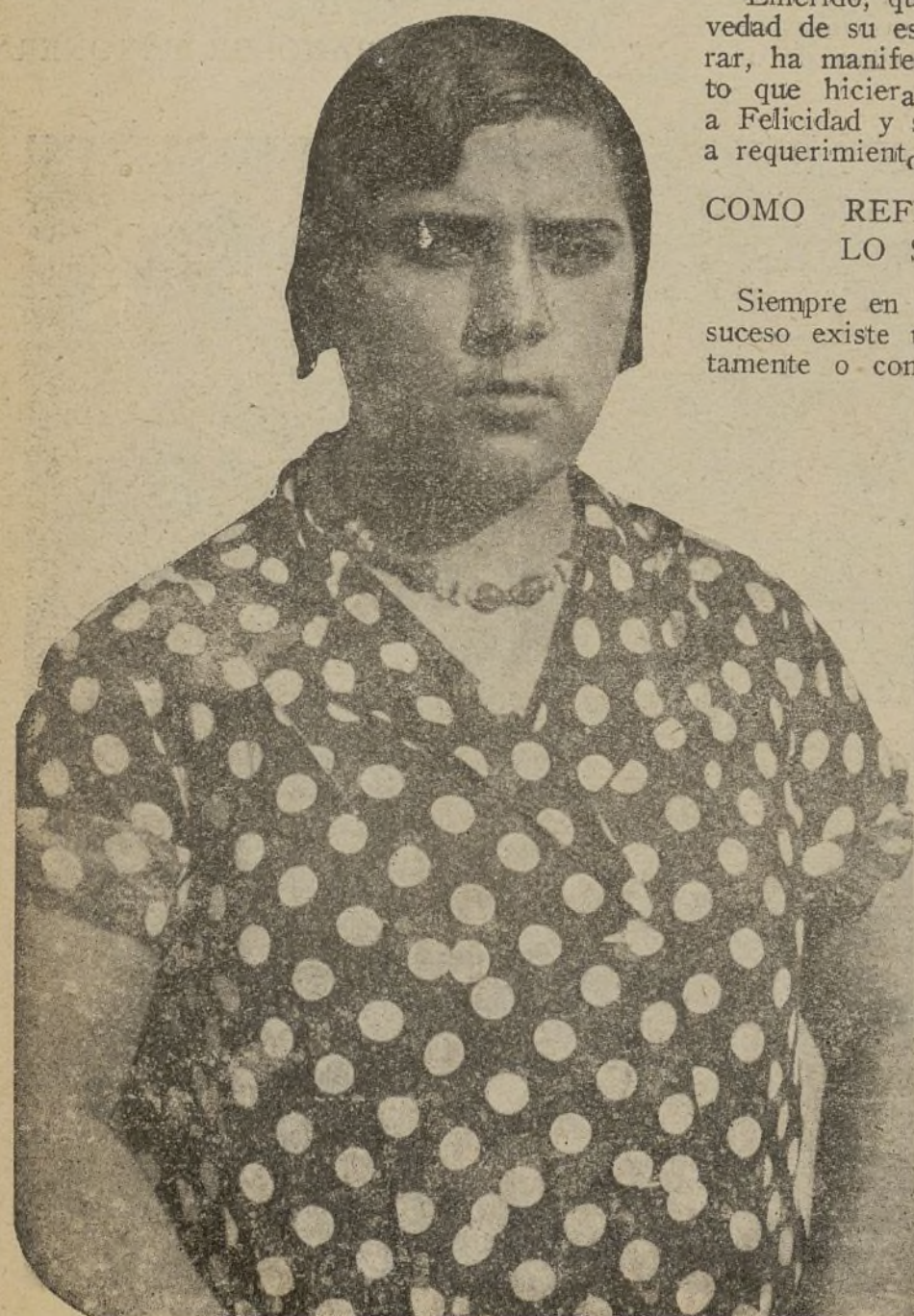
AMADEO GONZALEZ DE LA FUENTE, esposo de FELICIANA HUERGA, que vengó su honra ultrajada.

provocado, en busca pues de la misma podemos llegar a él, es quizá una jer por cuya causa consciente o inconscientemente, hay en estos momentos un hombre que agoniza y otro que sufre el rigor de la Justicia, nos encaminamos al Paseo de la Florida.

Ardua es la tarea de encontrar el domicilio de Amadeo, Gonzalo y gracias a las indicaciones de unos veci-



FERNANDO CRESPO, en la cama del Hospital, herido por AMADEO GONZALEZ, a causa de las declaraciones de FELICIANA.



FELICIANA HUERGA, la protagonista del suceso del Paseo de San Antonio de la Florida.

casas—y en una de las cuales ha vivido en la mas absoluta paz el matrimonio, hasta que en la noche de autos—según la clásica expresión judicial—se ha visto esta paz interrumpida, bruscamente cortada por el fogonazo del disparo.

Debidamente informados por las vecinas, nos enfrentamos al fin con Felicidad que va contestando a nuestras preguntas, mientras Pío tira la placa protocolaria, un poco extrañada del interés que para el público puedan tener los detalles anteriores al suceso y aún el suceso mismo. Hay en esa cara una expresión que muestra claramente que aún se halla bajo el influjo de la impresión de aquellos minutos que no podrá olvidar en su vida.

Nos va refiriendo, ayudándose con nuestras preguntas, como y cuando comenzaron sus relaciones con el herido. Era en los tiempos en que, soltera aún, acudía a trabajar en una fábrica de Cartuchería de la calle de Segovia, en el camino que diariamente recorría hubo de coincidir varias veces con Fernando que ya entonces prestaba sus servicios en la Compañía del Norte. De los encuentros surgió la amistad y de esta, como consecuencia natural unas relaciones que habían de ser breves, ella vió, o al menos creyó ver que el joven no la hacía el amor con buenos propósitos y fué enfriando aquellos amores que murieron al fin, por consunción sin una riña, si nuna estridencia. Y después de unos meses en los que no vuelve a saber nada de Fernando, unas relaciones breves con Amadeo, el hombre sincero que la lleva al matrimonio sin que quede de aquellos breves amores primeros el mas ligero recuerdo.

Y sin embargo que influencia extraña ejercen sobre nosotros esos noviazgos de chiquillos.

Ya casada vuelve a cruzarse en la vida de Felicidad, su primer novio y para evitar el escándalo que de él teme o sugestionada por ese extraño poder de lo pasado, accede a dejarse acompañar por él en las ocasiones en que su marido por exigencias del servicio se halla ausente. El temor de que su falta sea ya conocida, el miedo a continuar en esta situación, las acusaciones de su conciencia o todo, ello a la vez alteran el semblante hasta entonces tranquilo de la esposa y Amadeo que nota este sufrimiento la pregunta, insiste, la asegura que conoce la causa de todo, y ella ante esta afirmación y quizá por que al confesar sus faltas al que ha ofendido, le parece que se libra de ellas, después de exigir de él que no tomara ninguna determinación violenta, le refiere sus salidas con Fernando en varias ocasiones, y su última entrevista en el cine de donde la llevó a una casa desconocida para ella y él, cuyos sufrimientos en estos momentos no pueden medirse suficiente presencia de ánimo para no acusarla, no censurar su conducta, sino al contrario la calma y tranquiliza asegurándole que se ocupará de que esta persecución tenga término.

Solamente, noches después de esta confesión nota Felicidad en su marido, que mostraba alguna impaciencia y que acompañado de un hermano, de ella que los acompañaba aquella noche salieron después de cenar pretextando urgentes ocupaciones.

De lo que después ocurrió, apenas si la queda un confuso recuerdo, vió entrar a su hermano, unos minutos

después de su marcha con encargo, según la dijo, de su marido para que subiera, y al llegar al Paseo vió Amadeo discutiendo con otro hombre en el que conoció a su ex-novio, y su marido pálido descompuesto vino a ella rogándole que repitiera delante de Fernando las acusaciones que de él había

creyó que se trataba de una bofetada que había recibido uno de los combatientes, sus nervios se negaron a continuar por mas tiempo el esfuerzo que estaban realizando, y se desmayó retirándose a su hermano al interior de la casa. Cuando a la madrugada fué requerida por el Juzgado de guardia, fué cuando empezó a darse cuenta de la importancia de lo que creyó una riña sin consecuencias.

Esto es cuanto recuerda de lo sucedido, ha leído en los periódicos las declaraciones del herido, y las desmiente se afirma en que los hechos han venido ocurriendo en la forma que nos ha explicado. No teme por lo que le pueda ocurrir a su marido porque cree que le reconocerán que obró en defensa de su honra.

Salimos, ya en la calle nos explican algunos testigos presenciales el sitio exacto que ocupaban frente a la puerta de la casa los actores de la tragedia, y aún después de las muchas horas pasadas se ven, sobre la tierra humedecida, las manchas de carbón que dejaron las pisadas de la víctima y del otro maquinista que le acompañaba.

Felicidad nos indica la dirección que seguía Fernando después de ser herido y que ha llegado a ella por referencias y la pericia de Pío, recoge este recorrido en su cámara, y nos alejamos hacia la Cárcel Modelo, en busca del que purga en estos momentos un delito al cual llegó impulsado por las circunstancias.

EN LA CARCEL MODELO

Llegamos a la Cárcel en esos momentos angustiosos en que el ánimo parece predispuesto a la meditación y pensamos cuanto será el sufrimiento en estos momentos de aquel hombre que se encuentra en un ambiente para el desconocido alejado de todo lo que constituye su felicidad y bajo el peso de una culpa de cuya gravedad pasados ahora los primeros momentos de excitación en estas horas de quietud comenzará a darse cuenta.

Cruzamos el patio, en uno de cuyos rincones, dan un rojo reflejo los resplandores de los braseros con que los soldados de la guardia se preparan para combatir el frío de la noche y que han de servir de alivio y consuelo al centinela que vuelve atenido de la alta garita de la muralla, cansado, de repetir durante dos horas interminables el monótono ¡centinela alerta!

Una breve entrevista con el Director adjunto de la prisión con toda amabilidad se ofrece para ayudarnos en nuestro propósito y tras el consentimiento del propio interesado a quien se ha consultado previamente, pasamos a uno de los locutorios ha donde casi inmediatamente acude el hombre que nos interesa.

Difícil muy difícil es abordar el tema que allí me ha llevado sin herirle, tal es la delicadeza del asunto y preferir, dejarle que con su sencilla expresión vaya refiriendo lo ocurrido sin interrumpirle mas que en las ocasiones en que para mayor claridad se hace preciso puntualizar algún detalle.

Y va contando con una sencillez y una sinceridad que no es posible transcribir el cariño que puso en su mujer, la vida feliz en su pobreza que han llevado sin que su conciencia le pueda reprochar la menor ligereza que hubiera atentado a la tranquilidad del matrimonio, hasta que surgió algo para el entonces desconocido—ojalá no lo hubiera conocido, nunca que la Felicidad está hecha de en-



FELICIANA HUERGA, hablando con nuestro compañero ERENAS.

hecho. Apenas si sabe lo que dijo en la cara de Fernando, vió algo que parecía una súplica pero en nombre de la verdad volvió a repetir cuanto en otra ocasión dijera a su marido.

Y luego terminado su papel trágico, en la discusión vió como los hombres se agredían, al menos esto le pareció a ella y al oír el ruido del disparo



Vista del Paseo de San Antonio de la Florida, y acaera que recorrió el herido hasta caer sin fuerzas en el lugar señalado con una cruz.

Continúa en la página 14.

EL CRIMEN DE LA HUERTA DEL OBISPO

■ Dos mujeres gravemente heridas ■

Son, a veces, los mas fútiles motivos el origen de de grandes acontecimientos. Aunque muy conocido y gastada esta consideración viene a nuestra memoria al repasar en la imaginación el trágico suceso que ocurrió el día 24 del mes pasado en el pueblo de Tetuán de las Victorias.

En este pueblo, mas bien barriada de Madrid, tiene su domicilio en la parte conocida con el nombre de Huerta del Obispo, Teodoro Larredo que vive maritalmente con Basilia Santos, y en la vecindad una mujer con su hija la misma populosa barriada vive también Patrocinio Hernández Marqués, en compañía de una hija suya llamada Benita Santos.

Estos son los que pudiéramos llamar primeras figuras del suceso que se desarrolló en forma desgraciada para estas dos últimas.

El referido día 24 y en la antedicha Huerta del Obispo, un grupo de chiquillos se entregaba a fuegos propios de su edad, como consecuencia del fuego rompió una disputa y tras estos los muchachos llegaron a las manos promoviendo, por los caracteres de la pelea el consiguiente alboroto en el vecindario. Para apaciguar los ánimos intervinieron las madres de los combatientes con tan mala suerte que hicieron suya la causa de sus hijos y se trabaron en riña encarnizada. Por motivos quizá de anterior rencor.

Patrocinio Hernández y su hija dirigieron algunos insultos a Basilia Santos que había tomado parte en la reyerta en defensa de un hijo suyo y no contentas con insultarla hicieron extensivas sus ofensas a Teodoro, que en esos momentos se hallaba descansando en su casa. Como llegase hasta el rumor de la pelea y oyese perfectamente como madre e hija le desafiaban a bajar adjudicándole los mas duros y malsonantes epítetos, ciego de ira y resuelto a castigarlas, cogió un cuchillo de la cocina y bajó a la calle agrediendo a ambas mujeres sin que mediasen mas insultos ni menos provocaciones.

Como consecuencia de esta agresión que causó la consiguiente alarma entre los que la presenciaron, cayó herida gravemente Patrocinio Hernández y con heridas menos graves su hija Benita.

Por varios espectadores de tan bárbara agresión fué trasladada la madre al Equipo Quirúrgico del Centro, y la hija a la Casa de Socorro de Tetuán de las Victorias.

La guardia civil, detuvo al agresor llevándole detenido al cuartel pero el vecindario que se hallaba indignado por tan sanguinario hecho se situó frente al cuartel de la Benemérita, pretendiendo linchar a Teodoro.

Fué necesario que la fuerza desalojara el lugar con alguna violencia.

No se calmaron los ánimos de los vecinos de la

barriada que querían, a toda costa, tomarse la justicia por su mano. Había parecido tan monstruoso lo sucedido que no fiaban en otra justicia mas que en la que ellos hicieran.

Nada se sabe de los antecedentes del Teodoro Larredo. Unos dicen de él, que es pendenciero y matón, otros, en cambio, aseguran que si produjo el hecho de que tratamos fué en un momento en que le cegó la cólera.

Hay que descartar que el Larredo estuviese alcohólico, pues no era, según dicen los vecinos, hombre de costumbres disipadas. Dió lugar al hecho en un momento de arrebato, reaccionando en forma brutalmente palabrotas e insultos.

¿Quién dirá del suceso la última palabra?

Las aclaraciones de los vecinos de la barriada, que presenciaron el hecho, difieren unas de otras. La justicia tendrá que esclarecer toda la verdad de lo sucedido, sin odios y sin malquerencias, pero con un sentido certero de la realidad que es en lo que solo debe de fiar.

En sucesos de esta índole, que tienen un carácter marcadamente popular, las gentes toman enseguida bando a favor o en contra, y la justicia al actuar lo ha de hacer sabiendo hasta donde llega la pasión de los unos y de los otros.



Teodoro Larredo, iracundo, asesta varios golpes de navaja a las dos mujeres, que no pueden defenderse ante la brutal acometida del agresor.

LOS SUCEOS

fuera de España



El Bandido SPADA, que tenía amedrantada a la comarca de Ajaccio.

LOS BANDIDOS EN CORCEGA

Parece que el sur de Italia, es terreno abonado a los sucesos condescendientes grandes terremotos, enormes eruciones volcánicas, inundaciones, mineras, bandolerismo...

El bandolerismo ha existido siempre, y en el correr de los años se ha hecho más audaz y más científico, hasta llegar a éste su obra, que si obra con el mismo instinto que el primitivo — como en España, en los tiempos de Luis Candelas —, tiene también ese refinamiento moderno, a semejanza del que es utilizado por esos bandidos que se exhiben en las películas de largo metraje.

En estos últimos tiempos tanto, se enseñorearon del territorio, tan amedrantadas tenían a las gentes que habitaban en las templadas tierras italianas, que hubo necesidad de organizar batidas serias. En ellas tuvieron que tomar parte tres columnas que eran integradas por más de mil quinientos hombres, que tras grandes esfuerzos lograron limpiar de bandidos una gran parte de la lauga, y sobre todo, las ciudades de Bonifacio, Corsica y Ajaccio, pudiendo capturar a uno de los más temidos, Spada y a su cuñado Juli Leca.

Tanto Spada como Leca habían cometido infinidad de robos, a cual más sorprendente y más audaz. Entre ellos se cuenta el de desvalijar un pequeño tren costero. Después de apoderarse de las mercancías, de los equipajes de los viajeros y del dinero que llevaban encima, pusieron en marcha el convoy, y cuando estaban a un par de kilómetros de una pequeña estación, desataron el maquinista y el fogonero para que pudieran conducirlo. Estos no lo hicieron, a gran velocidad, con ánimo de utilizar inmediatamente el telégrafo; pero cuál sería su sorpresa, cuando se encontraron que estaba cortada la línea telegráfica. Otro grupo de bandidos había dejado aislada de comunicación la pequeña estación ferroviaria, con el objeto de impedir toda clase de auxilio a los desvalijados antes de poderse poner ellos completamente a cubierto de la acción de las autoridades.

Robos como el del tren asaltado han sido muchos. La destreza, la audacia, hasta la inteligencia, se han reunido con el mal designio de vivir a costa de pobres gentes atemorizadas.

Los casos ocurridos en Andalucía, hasta aún no hace muchos años, se han repetido ahora en las bellas ciudades italianas, ciudades que tienen una pintoresca leyenda de bandolerismo, de robos, pero no de crímenes. Los bandidos, lo mismo los españoles, que los italianos, no matan sino es defendiendo su libertad.

Como todos los hombres de campo, cuyos ojos se extasían, viendo mucha tierra y contemplando mucho cielo, no quieren por nada del mundo verse reducidos entre las paredes estrechas y la luz escasa de una celda. Roban para vivir, y para vivir bien si pueden; roban para que la vida les sea amable y buena, y, a veces, ponen en esos robos una cantidad de arte que quisieran para sí los autores de novelas detectivescas y de cintas cinematográficas.

Spada es el clásico bandido, el bandido de brazo fuerte y de corazón sensible, el bandido que dá lo que roba para aliviar amarguras y quitar miserias.

¿No fué así nuestro Luis Candelas? La historia se repite y la historia de este Spada y de su cuñado Leca parece calcada en mucha parte de la del bandido que vivió en la amistad de algunos magnates y muchos políticos.

Ajaccio, la ciudad corsa, cuna de Napoleón el grande, es, asimismo cuna del bandolerismo contra el que días pasados se movilizaron fuertes contingentes de gendarmes. Spada y los suyos se defendieron hasta con conocimientos de estrategia. Fueron vencidos, algunos spadas, pero la mayoría de la banda logró escapar. Huba gentes que los ampararon.

Mientras en las villas campesinas y en las ciudades se ampare al bandolero, algunas veces por temor, y otras por gesto romántico, el bandolerismo vivirá, y vivirá resucitando, a veces, hasta de las cenizas. Las bandas corsas han existido siempre. En estos últimos tiempos han multiplicado las fechorías, dando lugar a la batida sufrida a raíz de haber desmantelado completamente una gran casa de campo, próxima a la pequeña ciudad de Bonifacio, propiedad de uno de los políticos más influyentes en la comarca. Los bandidos se repartieron el dinero, y vendieron los muebles, algunos de alto valor, por cantidades irrisorias. Su objeto fué que el dueño del inmueble se encontrase con las paredes dímias el día que volviera a su casa.

Más que el robo, por el robo, parece que animó a los bandoleros un espíritu de venganza, pero esa venganza, llevada a efecto hasta con refinamiento es la que ha dado lugar a la represión violenta llevada a cabo.



La pequeña ciudad de Bonifacio, en Córcega, cuartel general de los Bandidos.

Oriente no nos envía, al viejo mundo de la latitud, un airecillo lírico de lotos ni de sederías. Si se abre a la calle madrileña la pequeña caja con incrustaciones de nácar y viejos marfiles, no aparece el bino genuflexo ni el puente que imita el lomo curvado de los trígres de Asia.

Lo que surge en las amarillas cariatides de la Red de San Luis de nuestro Madrid, bajo las caravanas de canchelos de cemento que cruzan nuestra Gran Vía, es la da terrible; es el soplo bíblico de un mal casi olvidado, pero no abolido: el mal de Lázaro, el mal cuyo solo nombre echa jarros de frío en nuestras espaldas: LA LEPROSA.

La lepra? Alguien refirió una historia que hubiera hecho feliz a monsieur Jean Lorraine, pero que en la ciudad se inyecta, entre los guiños de los anuncios luminosos que asesina con puñaladas rojas, amarillas y verdes el enorme corazón de la noche madrileña.

Le aquí lo referido: Una dama compró a uno de estos chinos de exportación, a uno de estos chinos que ni pugnan en Manchuria con los limones de las Islas Felices del Pacífico, ni ostentan túnicas con dragones ocupantes, un collar de perlas. Perlas orientales con falso oriente, claro es. Un collar ha sido con frecuencia el comienzo de una gran tragedia. La revolución francesa tiene más que nada en torno a la Enciclopedia, su origen, en un asunto en que intervienen una Reina y un collar.

La Reina dejó su cabeza en el cesto del verdugo de París y en la garganta real, en lugar de la caricia de las perlas, sintió la otra caricia fría de la cuchilla de la guillotina revolucionaria.

Aquí, en España lejos del error, el collar de perlas tan modestas que ni siquiera se molestan en parecerlo, dejó siempre según la historia contada de casa en casa y de café en café—una huella aún más trágica que la del invento homicida, de monsieur de Guillotin.

En la garganta, que suponemos bella, floreció... la

lepra.

¿Es o no cierto este suceso que anima el viento del espanto?

Se dijo que la dama había huido a Londres. Que un médico, bajo los guantes con que un chino cubría sus manos, descubrió los estragos hechos por la enfermedad irremediable...

La Dirección de Sanidad, tranquilizó a los madrileños. Aquello no podía ser.

La lepra, se vino a decir, no puede afirmarse que sea una enfermedad contagiosa. En todo caso la incubación del mal es tan lenta que necesita lustros para manifestarse.

He consultado con eminentes especialistas acerca de este caso que es raro no haya lanzado tras el descubrimiento del Mycobacterium de la lepra a las águilas del reportismo en activo, y los doctores a quienes he consultado me muestran informes con la nota de la Dirección Sanitaria.

Los chinos continúan vendien

do o intentando vender sus co-

llares. Ya ni una propaganda dirigida por un genio del anuncio podrá detener la baja de las perlas falsas que de tan falsas ni siquiera intentan parecer buenas y que adornan los brazos de estos expatriados hijos de la anárquica república oriental.

El rumor ha crecido, ha llenado la población entera, se ha filtrado en los hogares, y la palabra terrible ha sonado en todos los barrios de Madrid:

¡Lepra! ¡Lepra!

¿Lepra? Ningún vocabulario encierra un vocablo más espantoso que este. Podrían todos los doctores de la tierra asegurar que la enfermedad lazarina no es contagiosa. Sería exactamente lo mismo.

Una lluvia entera de siglos asegurando que la lepra se contagia con el olor únicamente, tiene más fuerza persuasiva que todas las pirámides de tesis doctorales que pudieran escribirse.

La Biblia está colmada de paisajes en los que la lepra aparece como una vía de fuego que tan solo puede detener el Milagro.

Desde el principio de la historia, desde que el hombre empieza a mirar con ojos asombrados el mundo el "Mycobacterium" leprosoico le acompaña. Su nacimiento en cualquiera de los puntos en que el nacimiento de la humanidad se retiraba: China, Palestina, Egipto...

Si, la China también. La lepra nos dicen que no es contagiosa, o tarda años en manifestar su contagio. Yo no soy técnico en asuntos de medicina pero sin embargo me he

SOBRE UN SUCESO QUE PARECE UN CUENTO DE LORRAINE



de inclinarse por lo que yo, tenemos una idea concreta acerca de como segunda suposición la enfermedad ni de como se manifiesta.

Es igual. El terror que causa el solo citar el mal es mismo. Ni siquiera es un terror surgido de improviso ante la posibilidad del contagio. Es algo mas honroso algo mas difícilmente explicable como un terror hereditario, un terror a la palabra, por que la palabra ya de por sí terrible.

Me dicen que hay una lepra nerviosa y otra cutánea, y hasta una tercera que no se si estará bien llamada mixta que participa de los caracteres de las otras dos.

Yo lo que sé es que el mundo tiembla cuando se le cita la existencia de este mal que se ha creado una asociación internacional para combatirla, es decir, para aislarla como hizo la Iglesia en la Edad Media y que se ha fundado una publicación con el título de "Journal et Leroy".

Todo esto pertenece a una erudición de actualidad tan de actualidad como la historia verdadera o falsa de esa dama que ha huido a Londres llevándose el estigma leprosoico en la garganta. La interrogación continúa abierta. ¿Hay entre los

¿Lepra?... Ni las muchas chas que se han abstenido de comprar los collares de pacotilla a los chi-

chinos que venden collares en rios, que ocultan bajo los las calles de Madrid uno o va-guantes en que se apoya su mercancía, las señales terribles del mal de Lázaro?

El que la enfermedad sea contagiosa o no, parece que es tema que pasará pronto. Si aunque con la lentitud de ocho o diez años llegara un día a manifestarse?

En este último caso, sería como una letra de cambio, con vencimiento lejano, muy lejano, pero cuyo pago tendría que hacerse irremediablemente de una forma trágica de una manera que como antes he dicho, pone hielo en las arterias tan sólo de pensar en que pueda suceder.

¿Lepra? La palabra se ha hecho dueña de la ciudad. Yo en esta mañana fría de diciembre, me he acercado a uno de estos chinos. Le hablo en español, en un español lento, claro, que el debe entender perfectamente por razón de vecindad. Mi pregunta es hábil porque es brutal, es hábil porque no lo es, porque no busca más que una reacción, que un gesto:

—¿Cuál es el de la lepra?

Ni gesto, ni reacción, ni nada. El chino finge admirablemente que no me entiende. Mejor, aún, hace como que no

entiende otra cosa y empieza a enseñarme sus baratijos. Le insisto:

—¿Quién diablos tiene lepra de vosotros?

Y él; nada! Sonríe humildemente, y calla. Es claro que se dejaría martirizar con la misma sonrisa.

Yo en estos momentos soy un bárbaro, anto me importaría zarandear a este hombre feo que verme con cinco puñales chinos una noche cualquiera esperándole a la hora de volver a casa.

Debe ser divertido ser un jefe de policía o un jefe de banda para soltarse el pelo en un momento así.

¿Pero a qué? Mi criterio se inclina a creer que todo esto es una patraña.

El chino, este chino tan breve, tan humilde, asqueroso hasta la ternura, me ha comprendido perfectamente. Con pretexto de mostrarme mejor sus collares, se ha descalzado los guantes. Las manos diminutas están limpias de sospecha.

Esta, al menos, no tiene lepra. Y lógico, es creer que ninguno la tiene. Tienen frío, hambre... y perlas falsas. ¡Ya está bien!

Estos pobres chinos, que cuelgan del brazo su mercancía, que después van a adornar alabastrinas gargantas y mórbidos cuellos, son unos infelices con hambre de pan, y sin sueños de amor.

Sin sueños de amor. No tienen ninguna inquietud, pasan sus horas arrimados a una esquina o apoyados en una pared, viendo desfilar a una multitud de mujeres opulentas y agraciadas que nerviosas—la mujer española le agradan las baratijas—manosean las joyas

de guardarropia que muestran los súbditos de lo que fue Celeste Imperio.

Un hombre de estas tierras europeas no vería con calma este desfilar de mujeres hermosas sin irse detrás de ellas. ¡Pero se ven tan feos, pero se reconocen tan raros!

No hemos querido preguntarle a estos pobres chinos qué opinión tienen de las mujeres españolas. A algunos, a pesar de su imperturbabilidad, a veces, se les ha oído decir:

—¡Vaya mujer!
—¡Vaya ojazos!
—¡Qué caderas!
—¡Qué...!

Yo conozco la aventura sentimental de uno de esos pobres chinos. Ocurrió este verano, en una de esas noches llenas de calor y de poesía.

Uno de estos vendedores de baratijas, a pesar de la sordidez de su vida, comenzó a hacer obsequios a una "menegilda", de las muchas casas de huéspedes de los contornos de la Gran Vía. Era muchacha española, ávida de aventuras y ansiosa de la desconocida. Oyo, primero los requiebros del chino. Luego, fué invitándose...

—¡Qué collar más bonito!
—¡Qué pendientes!
—¡Qué solitario!

El chino hizo un primer regalo. Días después, otro. Más tarde, otro. Pero la "fortaleza" de fogón y de escoba no se rendía. Cuando le hablaba de una entrevista se reía mucho y muy fuerte.

—...
—¡Oh, usted está loco!...

—¡Oh! ¿Pero qué quiere usted

—...
—¡Más tarde! ¿Cuando nos conozcamos más!

El pobre chino sonreía y prodigaba aún más sus obsequios.

La audaz doncella a todo asentía menos a la "fundamental". Admitía dádivas, pedía "preseas", aceptaba convites, hasta se dejaba acompañar... cuando iba acompañada de alguna amiga.

Una cosa le extrañaba. El chino siempre llevaba las manos enguantadas. Creyó, en principio, que sería una costumbre de aquellos lejanos países. Mujer, poco culta, como es natural, no se preocupó lo más mínimo de lo que se le antojaba una más, de las muchas rarezas del chino. Sólo le preocupaba sacar de la aventura todo el partido posible. Que el chino llevara guantes o no, poco le preocupaba, que el chino fuese bien o mal vestido, nada le importaba. Claro, está, que le era igual.

Cuando se tuvieron las primeras noticias de que los chinos de los collares — como los denomina el vulgo — eran los que propagaban la lepra, la

"Beatriz de fogón" se acordó, instantáneamente de las manos enguantadas del chino que le hacía el amor, y que un buen día desapareció, sin que a pesar de que hizo algunas pesquisas, volviese a saber nada de él.

No tuvo duda que su chino enamorado era un hombre que tenía que ocultar sus manos de algo, seguramente de alguna enfermedad.

Su inteligencia, poco cultivada, no podía darse cuenta, de que para vender collares de poco precio, hubiese necesidad de ofrecerlos con las manos enguantadas.

Y con un gesto de asco y de horror arrojó lejos de ella cuantos obsequios le había hecho, con el corazón lleno de ilusiones, el chino enamorado, que siguió con hambre de amor, como de pan...

Cuando algunas amigas, en son de broma, le preguntan:

—¿Y tu chino?

Ella responde, no sin malhumor:

—¡Hijas; me engañó como una verdadera china. Mí-gueros que vendía los collares — a mí me los regalaba — para propagar una asquerosa enfermedad.

Para ella, el mal lazarina era "una asquerosa enfermedad."

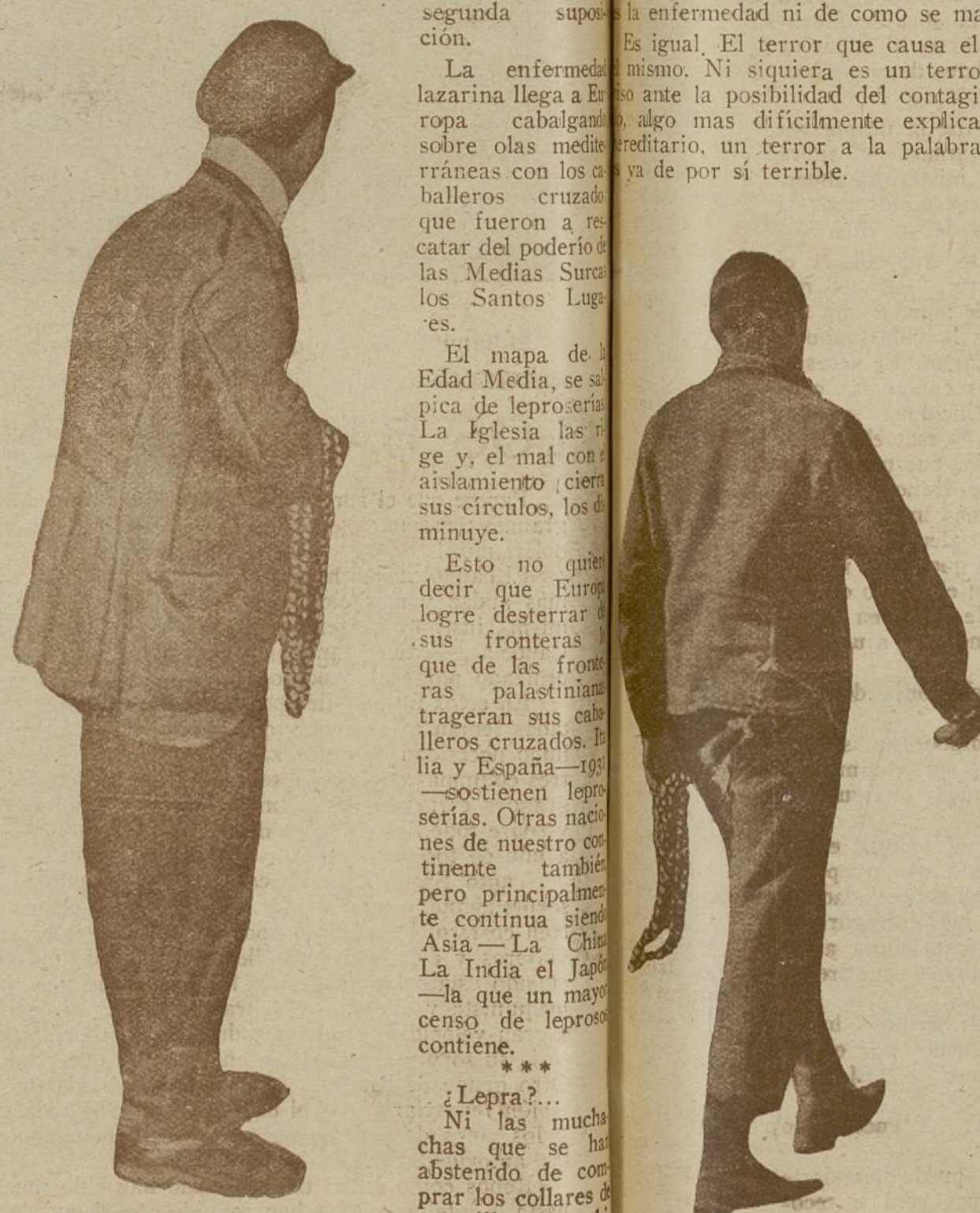
¿Lepra en Madrid?

Este, al menos, no tiene lepra. Y lógico, es creer que ninguno la tiene. Tienen frío, hambre... y perlas falsas. ¡Ya está bien!

CESAR GONZALEZ-RUANO.



González Ruano, hablando a uno de los pocos chinos auténticos que quedan en Madrid.





Los inspectores Savary, Mabilly y Lignets examinando los datos recogidos para seguir una pista.

Apasiona al mundo placerece, de París, la misteriosa muerte del español Carlos de Tajada. Nosotros hemos conocido en París a Carlos de Tajada. Buen mozo. Guapo mozo. Hijo de unos acaudalados campesinos castellanos. Carlos, se educó como se educan en España la mayoría de los hijos de los grandes señores. A los veinte años no sabía otra cosa que montar a caballo, ir de caza, bailar en los cabarets de moda y conquistar mujeres en las terrazas de los cafés de la calle de Alcalá.

¿Su viaje a París? Ni él mismo recordaba el motivo... ¡El miedo a las consecuencias desagradables de una pequeña aventura pueblerina!... ¿Quién sabe! Lo cierto es que Carlos, como no pudo conseguir de su padre dinero alguno, a su llegada a París se dedicó a lo que allí se daban los nombres de cabaret y a vivir a costa de damitas histéricas y galantes.

Una noche nos tropezamos con él en un pequeño restaurant nocturno de la rue Fontaine. Nos reconoció. Y charlamos de su triste situación.

—“Los asuntos van muy mal. También esa crisis financiera mundial, agarrota, como dama de misterio, a los bailarines mundanos. Los extranjeros han dejado de venir por Montmartre y los que llegan, demuestran poca esplendidez.”

Yo recuerdo, con verdadera nostalgia aquellos tiempos que después de una *Soirée* de fangos, las mujeres que durante dos horas habían gozado en mis brazos el inefable placer del baile, se despedían entregándose entre caricias venturosas algunos billetes de 500 francos. Ahora, es rara encontrar a la dama del billete de 100 francos...

Y aún me consideraría muy feliz, si lo pudiese conseguir todas las noches... Esta noche, por ejemplo, no he ganado ni un solo céntimo. Este sandwich que me estoy comiendo, es mi comida de dos días...”

Una ración de ternera y una botella de Burdeos, invitación nuestra, reanimó el espíritu del infeliz aventurero casellano.

Y continuamos la charla...

—“En Madrid, fué empleado de Correos. Una noche, con varios amigos, entramos en un popularísimo dancing de la calle de Alcalá. Ahí conocí a Juliette, una tanguista francesa, muchacha espiritual y encantadora.”

La hice mi “intima” y durante unos meses fui el capricho de su vida. Un buen día, no cansado de ella, sino hastiado de mi vida monótona y sin orientación, me separé de ella.

Yo no sé trabajar. Nunca trabajé ni nadie me enseñó a trabajar. El único mérito que podía envanecerme era mi buena figura. Y soñando con el éxito de mi tipo, vine a París. Mi amiga me acompañó a la estación. Nos despedimos con verdadera emoción. Lloramos. Y cuando ya separado de la muñeca acreada, atravesaba los paisajes de mi infancia camino de la frontera, mi espíritu aventurero titubeó...

Un Cri

En París ha sido asesinado el famoso tanguista español Carlos de Tajada, el “Rodolfo Valentino” de los Cabarets de Montmartre



Llegué a París. Gracias a mi simpatía, aquí he sido uno de los tanguistas profesionales que mejor han defendido su vida. Pero llegó la hora fatídica y hubo día que apenas pude ganar para comer. Sin embargo, en el cabaret, en mi trabajo, tenía que estar alegre, satisfecho. Esta lucha interna, consumía mi temperamento. ¡Yo nunca supe fingir!

Una noche entré en un cabaret, acompañando a una mujer brasileña, elegantísima. Al ir a dejar mi sombrero y mi gabán en el guardarropa, vi, que la mujer encargada de este servicio, era mi novia de Madrid. Temblé de emoción y debí de



Carlos de Tajada sobre las playas mundanas, lo mismo que sobre los dancings de moda, seduce a las mujeres casadas



Calle Mauberge. La casa del crimen



Los porteros que descubrieron el cadáver



El jefe de la Brigada en Investigación criminal, Guillard, dando instrucciones a su colega Pignes

palidecer mucho.

Ella me entregó temblorosa el biket numerado. Con un gesto de súplica, recomendé a mi antigua amante la mayor discreción. Satisfecho de su silencio, continué la mascarada de mi vida sonriendo amorosamente a la espléndida mujer que me acompañaba. Mas tarde, cuando ya en plena fiesta el champagne cumplía su misión de alegría, me escapé de mi clientela, bajo un pretexto íntimo y corrí a guardarrropía. Allí, en la estrecha estancia, estreché contra mi pecho a la mujer querida y entre besos y sollozos celebramos nuestro carnal encuentro.

—Juliette estaba en París y desde hacía dos meses me buscaba con afán. Aquella misma noche vino a mi casa. Es la única vez en mi vida que desdén las caricias de una clientela rica para entregarme al amor de mi alma.

Tonfina ya no se separó de mí. Carlos, terminado el menú se levantó.

—Muy agradecido a su atención tiene usted que perdonar que me marche. Son las cinco de la madrugada y a estas horas en los cabarets rusos los americanos están completamente borrachos y para las mujeres viciosas ha llegado la hora sentimental. Hay la esperanza de tropezarse, al rebuscar por sus bolsillos, con algunos billetes de cien francos...”

Está fué la última vez que la vimos. Y ahora ante su misteriosa muerte, reconstruimos toda la tragedia de su vida.

Juliette, empleada en el guardarropa del cabaret, no puede atender con sus ingresos la vida capulosa de Carlos. El necesita para sus conquistas conservar incóluma su elegancia. Y esta elegancia, en París, cuesta muchos miles de francos al mes.

Las más mujeres americanas, alemanas y españolas que aquí no regateaban el precio de una noche de amor en París, ahora escasean y no solo escasean sino que ajustan y regatean el precio de la juerga.

El cabaret se ha convertido en burla lonja de contratación.

Carlos, disimulando con la mayor hipocresía, su calidad de profesional, y para reducir a sus víctimas se hace pasar por hijo de familia linajuda y arruinada para seducir a sus víctimas.

Durante los primeros días es para la viciosa elegida, un amante cariñoso y desinteresado. A los pocos días las apremia enérgicamente. El tiene necesidad de dinero y ellas tienen forzosamente que entregárselo. De cada diez veces, muere, la mujer caprichosa atender sus peticiones procurándose el dinero que reparar en los medios...

Cansadas de pagar, abandonaban al hermoso bailarín. Y el hombre, dominado completamente por el vicio y la crápula, amenazaba que el escándalo. ¡El amor quedaba convertido en “chantage”!

En casa de Carlos, la policía ha encontrado centenares de cartas de mujeres.

“Te mando mil francos. No puedo mandarte más dinero, esta vez. A fin de mes veré si recojiste unos cuarenta billetes...”

“No me escribas con tanta insistencia. Te lo

men Misterioso

suplico. Mi marido puede enterarse de nuestra correspondencia y entonces todo, acabaría...”

“Querido Carlos: Aun te quiero. Ahí van doscientos francos. Mañana veré de empeñar alguna alhaja para completarte esos mil francos que me pides...”

Una atmósfera de amenazas le envuelve.

El domingo 26 de Julio, después de su último tango, entró en su casa acompañado de una dama misteriosa.

Nadie la vio salir. Ocho días después, el conserje del Hotel, extrañado de no ver a Carlos, llama a su habitación. Nadie conte a. Avisa a la policía. Y la policía ordena forzar la puerta. A los pies de la cama, Carlos, completamente desnudado, está muerto.

Tres balazos en el corazón le quitaron la vida.

¿Ha sido una venganza? ¿Celo? ¿Una mujer que se defiende del “chantage”?

¿Quién sabe?

A Carlos lo ha matado el ambiente, ese ambiente de placeres y ambiciones que el mismo, aún su falta de ánimos, había elegido...

Hay hombres que encadenan su vida a la felicidad, con el mismo ardor que les posee el vicio. Son indomables e insaciables.

Si el cerebro dominase su corazón y su conciencia, su paso por la vida sería una cabalgata de triunfos. Pero, son débiles. Tan débiles, que solo buscando nuevas sensaciones, forzando a vibrar de distintas maneras, se creen felices. No se dan cuenta de que la felicidad que no se vive, que no se siente, que no se sufre, no es felicidad.

Este es el caso del infeliz Carlos de Tajada.

¡Yo no sé trabajar! Esta terrible confesión es el poema de su miserable existencia. ¡Nunca supo trabajar!

En cambio, sabía vivir a costa de las infelices histéricas y viciosas; tenía la cobardía de sufrir con resignación horas de hambre y de miseria; intentaba por último, aprovechando las flaquezas de los poderosos del dinero, robarles impunemente...

Todo menos trabajar. Todo, antes que imponer una voluntad a su voluntad.

Sin embargo, merece compasión.

Hay que sentir una profunda compasión hacia esos seres que arrastrados por la fatalidad posan sus plantas en el reinado de la farsa.

Los culpables somos los demás que sin atrevernos a atacar este ambiente de corrupción, lo toleramos por cobardía o por diferencia.

Y tanto hemos transigido, que esa transigencia nos envilece, nos encanalla y nos afeina hasta el punto de pensar que el *catán* nos divierte y que esas desgraciadas que nos acarician inconscientemente nos dan con sus besos de idiotéz el alimento espiritual del alma.

A los hombres como Carlos de Tajada, no se les puede hablar de constancias y de sacrificios.

Ellos sólo tienen un ideal: El vicio. Y ese vicio, es el que en París a segado en flor una vida tan joven y tan desdichada...

Según cuentan sus íntimos, Carlos de Tajada tuvo un amor romántico, con una muchachita que trabajaba en uno de los

grandes talleres de modistería. Se llamaba Alicia de Salonge, como la heroína de *llimas de amor*.

Carlos y Alicia se paseaban en las tardes enebullinadas y tristes del invierno parisino por las alamedas alfombradas de hojas secas del Bois, jurándose amor eterno. El la había engañado haciéndole ver que era un joven americano que estaba en París estudiando una especialidad de la medicina.

Alicia vivía encantada, pues Carlos de Tajada le había prometido hacerla vivir en un lindo pisito, no acompañada de él, pues sus familiares podían enterarse y caer en el castigo de su padre.

Alicia asentía a todo, y Carlos de Tajada dejaba transcurrir los días mecándose en aquel amor tan diferente de los que llenaban su vida inquieta. Para Tajada, Alicia representaba en su vida momentos de calma y hasta de un poco de felicidad lejos de los cabarets y de los lugares a que tenían necesidad de acudir pues solo en ellos estaba la razón de su existencia y solo de ellos podía sacar lo necesario para atender a sus vicios y a sus hijos.

¿Había momentos en que Carlos de Tajada se sentía asqueado de su propia vida? Sin duda. Era Carlos un muchacho consciente, con un cierto sentido de la realidad, con un cierto sentido de la vida, que solo se imponía en los escasos momentos que tenía de charla con Alicia de Salonge. ¿Influyó algo Alicia en el sentimiento de Carlos? Algunos amigos dicen que en determinadas ocasiones les habló de dejar la vida de *cabaret*, con mujeres fáciles, pero este deseo solo, vivía en el unos momentos. Carecía completamente de voluntad para abandonar una existencia divertida y regalada para dar frente a una lucha diaria por el pan y por el lecho.

¿Cuántos de estos hombres así viven en París? Muchos. Pues casi todos ellos acaban en un hospital o tienen un final trágico como el de Carlos de Tajada.

Dura la vida regalada y libertina mientras dura la juventud y se pueden pasear arrogancias por los

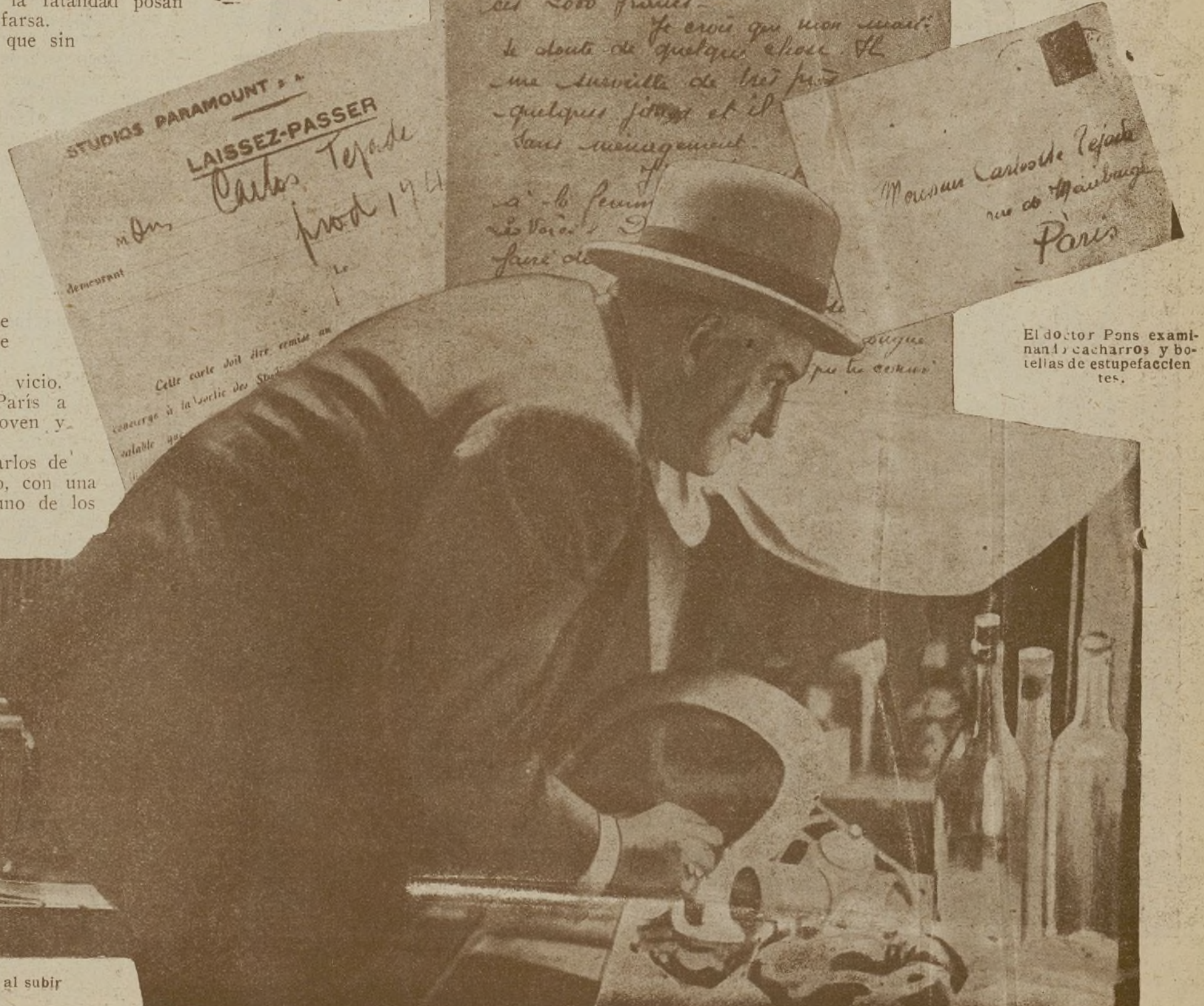
salones de baile, los campos de *tennis* y las playas modas. ¿Luego? Cuando sale la primera arruga y se tiene el primer dolor reumático, un día, tristemente, se vuelve la cabeza al pasado y se contemplan los días, ya lejanos, en los que no se ha creado un verdadero sentimiento, el amar de una mujer ni el cariño de los hijos.

Alicia pudo, ser para Carlos eso, y no fué nada, porque Carlos se sintió débil para abandonar no ya lo que mas o menos le divertía, sino cuanto le convenia, sus innumerables relaciones, cada día mas amplias, todos que iban por el mismo camino que hacia ir a su vida tan relajada y tan dispersa vida de tanguista consumado, que vivió en el *cabaret* y que triunfaba en los elegantes *restaurants* de noche.

X. X. X.



Sobre el mueble los fittchis no se comueven por el suceso.



El Juez Ordonneau y el doctor Pons al subir al automóvil.

El Drama del Bar Trianón de la Calle de Mesón de Paredes

Ilce aproximadamente un mes, los periódicos dieron la noticia del hecho: Una mujer, había matado, por celos, a la amante de su marido, que era precisamente, la mujer del dueño del establecimiento, donde éste prestaba sus servicios. Las opiniones entre el público se dividieron, no e nlo que se refiere a "tomarse la justicia por su mano", si no acerca de la persona que debió sufrir los efectos de los celos. Unos decían que él; otros juzgaban que ella, que fué la que accedió a los requerimientos del enamorado galán.

Me interesó el hecho, por afinidad de sexo y por curiosidad profesional; pero nunca pensé pudiera conocer los detalles de este drama, tan vulgar por su planteamiento—infidelidad, celos, cosas corrientes—pero tan interesante por la psicología de la muchacha que fué protagonista, que fué la que mató.

EL PERSONAJE PRINCIPAL

He aquí un tipo, perfectamente novelable. Una muchacha joven, muy joven por edad, y mas joven aún en el conocimiento de la vida.—Si ello no fuera así ¿cómo llegar al lamentable resultado? Conocedora de la vida, plenamente, hubiera despreciado a los dos.—Tiene veintidós años.

Al entretarme con ella, he sentido una grata impresión. Su sonrisa dulce, y su mirada franco, predisponen a su favor. Tras de esa sonrisa y esa mirada, no se puede hecho delictivo. Solo puede esconderse una esconder la criminal premeditación de un exquisita sensibilidad, un espíritu reconcentrado, poco dispuesto a las expansiones sentimentales.

Correcta de ademán y de dicción, va contestando a mis preguntas, que son hechas con el temor de dañar la sensibilidad que adivino.

EL UNICO AMOR

Feliciana Martos Montero, nos cuenta sus amores; unos amores plácidos, sencillos. Aun no había cumplido los dieciséis años, cuando el le salió al paso, y desde entonces, todos sus pensamientos para él. En la casa, en el taller, con las amigas. Seis años, pensando en el momento de formar el hogar. ¿Saben ustedes lo que es eso? Mientras sus manos bordaban con hilillos de oro, las chaquetillas de torero, tal era su oficio su pensamiento, bordaba también en oro el porvenir. ¡Estaba tan segura de su cariño! Y así como alguna de los piezas que sus manos bordaban, se tiñó de sangre en el ruedo de una plaza de toros, trocando las esperanzas de triunfo en gritos de amargura, así sus pensamientos, sus ilusiones doradas de muchachita ingenua, llegaron a convertirse en grito de amargura y a confundirse el oro con el rojo vivo de la sangre...

—¿Por qué hice aquello? No sé, no sé. La carta de ella me cegó. Pensé que suprimiéndola a ello, sería sino para siempre; y ahora"...

—¿...?

—“Sí, sí. Viene a verme los días de comunicación. Me escribe cuando me encuentra disgustado, alentándome. Me dice que no lo ore.”

Al hablar de él, la muchacha se anima, sus ojos recobran mas vida, y su mirada es mas intensa.



Feliciana Martos, en la cárcel, hablando con su abogado Miguel Cabrera.

Después hay en ella unas preguntas naturales: ¿Qué hay del indulto general?

Yo no sé nada concreto, pero doy alguna esperanza, me siento incapaz de pensar, que ésta muchacha pueda seguir en la cárcel mucho tiempo. Cometió un delito; es muy cierto. No se debe matar, no se debe quitar la vida a una persona. Pero ¿no se debe de pensar también en los que dan la muerte moral, sin que ningún código les castigue, sin que ninguna ley caiga sobre ellos?

Pensemos un poco en esto. Toda la ilusión de unos amores únicos; toda la ilusión de un hogar, formado castamente, echado por tierra en un momento por un capricho vulgar, por la satisfacción de un apetito carnal, falto de espiritualidad. Y todo ello descubierto a los pocos meses de casada. Es un crimen moral, peor, mucho peor que el cometido por Feliciana Martos al reaccionar su corazón dolido ante la injusticia.

Hemos tenido que recurrir a la autoridad de su abogado defensor, don Miguel Cabrera, para que acceda la muchacha a la foto. Quisiera esconderse en el último rincón del mundo, para que solo fuera suyo éste dolor de su vida.

Y yo aseguro al lector, que no hubiera insistido en ello, de no pensar que su figura ante el público, debe de ser bien conocida, por si su ejemplo puede servir a los que juegan con el amor, como si el amor no fuera digno de todos los respetos y de todas las consideraciones.

Se ha despedido de mí, con una frase vulgar: “He tenido tanto gusto.” Yo no me he atrevido a decir lo mismo, porque tampoco lo sentía. He sentido un verdadero dolor en conocerla en tal estado. Nos hemos estrechado la mano. Era mano que para mí no es la que empuñó un arma homicida, puesto que en ello solo tomó parte el corazón. Para mí solo era la mano de la obrerita buena y sencilla, que bordaba en oro para ganarse el pan honradamente, y tenía unas ilusiones, que se vinieron después por tierra.

ENVIO

No se a quien. No estoy fuerte en derecho penal. Mas a quién corresponda va el envío. ¿Por qué no acceder a la libertad provisional de ésta muchacha?

Ya se me ha dicho que el delito entra dentro de tales y cuales normas. ¡Qué fría es la ley! No tiene corazón! Más si la ley no lo tiene ¿no pueden tenerlo, los que la interpretan?

MARGARITA ANDIANO



Nuestra colaboradora, Margarita Andiano, conversando con Feliciana Martos, que en un momento de arrebató quitó la vida a la amante de su marido.

TALLS. TIPOGS. FERREIRA.—DOCTOR MATA, 3.—MADRID

La centuria pasada, en la que comenzaron a despertar los más crueles instintos, y las más refinadas abyecciones, está llena de crímenes abominables, de esos crímenes que repugnan a todos los nobles sentimientos y a todas las conciencias honradas, de esos crímenes que durante algunas horas, acaso durante algunos días, dejan suspensa la atención y atemorizado el ánimo, para que luego, en el correr de los años, se recuerden con detalles y vivancon intensidad en esas páginas medrosas y tristes de la historia negra yrojade los crímenes, de esa historia tan deneztable, ta monstrnosa que escribe el más bello vulgar instinto de los seres.

Uno de estos crímenes, más repugnante por sus antecedentes que por el crimen en sí, más ruin por cuanto concurrido a su realización que por el hecho realizado, es el llamado de la calle de la Justa, que conmovió a Madrid entero, aquel pequeño Madrid de 1861, que detuvo su atención durante varios días en el suceso acaecido, y más aún en las circunstancias que rodearon al suceso hasta hacerse tema obligado en tertulias, en botillerías y en cafés, por el misterio en que esas circunstancias se envolvían, misterio que aún hoy no ha sido roto.

El matrimonio de Carlota Pereira y Jerónimo Gener, se efectuó con el acuerdo jubiloso de ambas familias. Vivió en Madrid durante años, sin desavenencia notable, sin desacuerdo manifiesto y en Madrid nacieron sus dos hijas: Carolina y Julia. Pasó óalgún tiempo y esas desavenencias y esos desacuerdos nacieron entre ambos cónyuges, tomando en ciertos momentos de u ados caracteres de violencia. ¿Partían del marido o de la esposa? En principio nada se supo. Personas allegadas entre ellas Carmen Caranza, intervinieron en diversas ocasiones, con el fin de reconciliar al matrimonio en enemistado. Siempre lo conseguían y el sosiego, la tranquilidad, volvía a renacer en el hogar formado por Jerónimo Gener y Carlota Pereira. Pero cada vez los períodos de calma, eran más breves. ¿Qué motivos serios, fuertes, había para que esa desavenencia, ese desacuerdo, fuese la tensión constante entre mujer y marido? Poco a poco se fueron delinenaos, y el que los daba era Gener por su conducta nada recomendable.

Jerónimo Gener, fué un hombre de vida libre, dócil a todos los apetitos, aficionado a todos los miserables placeres del instinto, al juego, al vino y a las mujeres, ya en 1854 —se casó en 1849— se le conocen unos amores, llevados con escándalo; amores que dieron mucho que hablar, porque en realidad fueron los que produjeron los primeros graves disgustos y los primeros graves trastornos en el matrimonio. Gener puso su atención y su deseo en una cómica ciertamente muy bella, pero de la más baja laya; Gener a nadie le recató estos amores que continuaron todo el tiempo que, la compañía que la tenía contratada, permaneció en Almería. De estos ilícitos amores, tuvo noticia clara, terminante, doña Carlota Pereira, que reposadamente, con timidez, con humildad, reconvino al esposo, no tanto por el mal que a ella la hacía sino por que caía sobre sus hijas. ¿Cuál fué la contestación de Gener? El cinismo de este hombre, ya se manifestó en toda su extensión y un día, después de una escena violenta llena de amenazas, al marcharse, le dejó sobre la falda un mantón de manila y una carta para la cómica con el encargo de que le remitiera uno y otra, diciéndole:

—Te desprecio. Ella vale más que tú.

Como esta escena hubo varias más. La cómica, no fué con la única mujer que sostuvo relaciones

LOS CRÍMENES de otros tiempos

El de la Calle de la Justa

adulterinas, tratos ilícitos. A la cómica sucedieron otras mujeres en la misma Almería, fuera de Almería. La conducta inmoral de Gener no queda reducida sólo a sus escarceos amorosos. Continuamente se le ve en las casas de juego a las que van las gentes de más baja condición: continuamente se le ve también en colmados y botillerías entre individuos aficionados a las juergas y que del arroyo hacen hogar. ¿Qué marido no debe desear la tranquilidad del matrimonio? Pues cuando esa tranquilidad se desea firmemente, no se corre alocada en busca de aventuras, ni se derraman amarguras y dolores sobre el corazón amante de la esposa. Gener en Almería hizo una vida de ludibrio y de escándalo, siendo asiduo concurrente a las casas de la más mala nota, distrayendo los días y empleando las noches con mujercuelas que si eran her-

no Pereira, su hermana Antonia, Rosario Serón, Dolores de Haro, la misma Carmen Caraza, aseguraron no ser cierto esos devaneos amorosos de la esposa de Gener con Lavilla, pero en cambio afirman las graves disensiones habidas en el matrimonio, las graves divergencias habidas entre los cónyuges, a causa de la conducta observada por Gener.

La voz pública volvía airada contra el esposo. La vida de doña Carlota primero en Almería y luego en Madrid, era diáfananamente honrada. El esposo culpable, que vivía sin paz y sin honra nada podía decir, ni en Almería, ni en Madrid de quien dejaba transcurrir la existencia en la paz completa, en la honra sin tacha, al lado de sus dos hijas, que eran los ángeles buenos que auyentaban los fantasmas, caso de que los hubiera habido.

Cuando más tranquila vivía doña Carlota en su casa, de aspecto modesto, de la calle de la Justa, hacen su aparición en Madrid dos sujetos, de condición miserable que ponen cerco a la mujer de Gener. Uno de ellos, el peor encarado, el de traza más lamentable, la sigue, la espía durante unos días, durante algunas semanas. Doña Carlota le empieza a tener miedo, su ánimo se atemoriza porque el instinto algo presente. Pero como la conciencia no tiene ninguna carga, como su espíritu está limpio de toda culpa, desecha los miedos y auyenta los temores. Atiende a sus quehaceres sale a la calle, pero un día vuelve diciendo:

—He vuelto a encontrar a ese hombre. Me ha mirado de un modo que me ha dado miedo. A las pocas horas, no habían transcurrido dos días, doña Carlota Pereira, la esposa de don Jerónimo Gener cae asesinada, con el corazón partido por un cuchillo, a manos de ese hombre que no conocía, a manos de un tal López Montero, casi recién llegado de Almería, del mismo López Montero que la acechaba y que la perseguía, del mismo López Montero, que el mismo día del hecho de autos, pocos instantes antes de cometer el crimen, estuvo apostado en una de las esquinas de la travesía de Altamira para asesinar a doña Carlota y mejor emprender la huida. ¿De qué conocía López Montero a doña Carlota? ¿Qué resentimientos, qué enemistades, qué antipatías podía tener López Montero con doña Carlota? Ninguna. Y sin embargo, López Montero fué el matador de doña Carlota.

Las gentes, que aseguraban la verdad con su instinto, creyeron ver entre el marido y el matador un nexo, una cierta trabazón. ¿Fué así? Ni la policía de aquel tiempo, ni aún el tiempo, gran descubridor de verdades lograron esclarecer el misterio de que el crimen se rodeó. Sobre Gener recaían sospechas, hubo incluso hasta pruebas indiciarias, pero no fué posible condenarle. El no recató en sus declaraciones parte de los motivos de desavenencia, que existían entre el matrimonio, él no recató la poca cordialidad, el divorcio efectivo que existía entre ellos, pero por esa sola causa no iba a armar la ma-

no de un hombre. Y toda indignamente tuvo una frase indigna.

—Mi mujer pudo dar lugar con su conducta a que un hombre sintiese el enojo de una palabra mal dicha o de un acto mal intencionado.

La voz popular es voz certera, y la voz popular señaló, desde primer instante, al marido como inductor del crimen perpetrado en la persona de doña Carlota Pereira. ¿Fué verdad? Todos los indicios le acusaban. Pero sólo eran indicios. No había pruebas. La justicia las buscó con avidez.



LOPES MONTERO REALIZA SU BRUTAL ASESINATO HUNDIENDO EL CUCHILLO VARIAS VECES EN LA PERSONA DE DOÑA CARLOTA PEREIRA

mosas de cuerpo carecían de toda idea de moral y de honradez.

Pero este hombre, sin escrúpulos, necesitaba justificar su anómala conducta, necesitaba llevar a la creencia de las gentes la idea de que si obraba así era impulsado por la desgracia que le perseguía, necesitaba excusarse por la inculpação que hacía caer sobre la sufrida esposa, inculpação de inteligencia amorosa con un tal Federico Lavilla. ¿Pero es esto cierto? Personas que vivieron en la intimidad en el matrimonio Gener: Luis Anto-

EN LAS SALESAS

Juicios de interés

REPRODUCIMOS LA SIGUIENTE CRONICA DE DON MANUEL
TERCERO, INTERESANTE POR EL ASUNTO QUE SUSCITA

LA FATALIDAD

Cuando, cargados los carros de leña, tras un día durísimo, en el que no dieron paz al hacha disponíanse Juan y Timoteo a emprender el regreso a Robledo de Chavela, el sol había traspuesto ya las cimas pinariegas por el lado de Agudillo. Jornada tranquila. Autorizados previamente para la corta, ya que tal faena no puede realizarse sin el consentimiento expreso del dueño del monte, no había por qué sentir temor alguno. Ni siquiera, como otras veces, la presencia del guarda, retado por los disparos de sus escopetas de cazadores furtivos. Porque ambos hombres, como tantos otros, habían vuelto a sus casas más de una tarde con rozaduras y arañazos, que daban fe de su paso por entre las jaras, ramas rotas y espinosos matorrales de los vedados, que la necesidad más que el capricho acuciaba a registrar con menosprecio de la Ley.

Bien lo confirmaba el juicio que pocas horas después debía celebrarse, no sabemos si en Robledo o en El Escorial, contra Timoteo, precisamente por infringir la ley de Caza...

¡La ley de Caza...! Semanas enteras se pasaban sin acordarse de que existían leyes, ni autoridades, ni terrenos donde les estaba prohibido cazar.

Ellos no eran unos holgazanes ni pretendían, como otros, entretener sin escrúpulos sus ocios a costa del derecho ajeno; pero, ¡recontral, cuando el trabajo faltaba...! ¿Quién, poseyendo una escopeta, se hubiera resignado?

Avanzaban lentamente al paso cansino de las caballerías, que tiraban de los carros cargados de leña.

Uno de los hombres—Timoteo—sacó de su bolsillo una navaja para partir el pan que, al ponerse en marcha, sacara de la alforja.

—Vamos a hacer por la vida, que bien lo hemos ganado...

Momentos después, cuando a corta distancia de

los carros entraban en La Rozuela, se presentó el guarda de la finca, Segundo Quijada...

¿Fué la fatalidad la que condujo sus pasos a enfrentarlo con los leñadores? Cabe pensarlo así, porque siendo Timoteo el denunciado por Segundo era inevitable la cuestión en vísperas del juicio. Rifieron.

Hubo insultos, reproches, mutuas ofensas y, por último, la agresión por parte del leñador, quien con la navaja que llevaba en la mano trató de herir al guarda.

—Yo—decía éste, al declarar ayer mañana ante el Jurado en la Sección cuarta de la Audiencia—no quise hacerle daño alguno, pero llevaba una carabina en la mano: ¿qué menos había de intentar que detener con el cañón al hombre que sobre mí venía?

En efecto, la prueba demostró que Segundo Quijada no hizo más que defenderse, pero como al realizar acto tan lícito dió un golpe a Timoteo, que le causó la rotura de un quiste hidatídico que padecía en el hígado, el leñador falleció a los pocos momentos...

Los forenses, en su informe de autopsia, no dejan lugar a duda respecto a las causas del fallecimiento, pero si alguna sospecha abrigase el Jurado, se encargan de disiparla los peritos—entre ellos el Sr. Piga—, propuestos por el defensor del procesado, señor Edo.

El golpe recibido no fué un golpe fuerte ni hubiera causado, en un individuo normal—afirman unánimes los médicos—más que una ligera hemorragia subcutánea. En Timoteo produjo la muerte, como se la hubiera podido producir—dada su enfermedad—una contracción muscular brusca y violenta de defensa al verse acometido...

¿Para qué más?

El fiscal—quien calificaba de homicidio el hecho en sus conclusiones provisionales—retira la acusación.

No había de acusar a la Fatalidad, verdadera culpable del delito...

Nuestra Portada

EL PISTOLERISMO EN BARCELONA

Reproducimos en nuestra portada uno de los momentos culminantes de la lucha sostenida, días pasados, entre los pistoleros y la policía. Los detalles y pormenores del suceso los ha dado la prensa diaria. Pero no hemos querido que nuestra revista omitiera la referencia de tan interesante asunto, y por el acertado lápiz de Vázquez Calleja, damos a nuestros lectores una reconstitución fidelísima, hecha con arreglo a los relatos publicados, de la lucha en que encontraron la muerte un policía y la joven que casualmente pasaba en aquellos instantes por la puerta del bar, teatro del encuentro librado.

Por nuestro dibujo podrán los lectores darse cuenta del encono con que unos y otros se atacaron, llegando en algunos instantes a un verdadero combate en el que lo mismo pistoleros que policías, se disputaban el terreno palmo a palmo.

EJECUCIONES EN PERSIA

En Persia, aún las ejecuciones están a la orden del día, aplicando los verdugos la pena de muerte con una imposibilidad manifiesta, acaso con agrado porque el verdugo piensa que libra a la sociedad de una mala semilla.

Con motivo de ciertos disturbios de orden social se juzgaron sumarísimamente a unos cuantos individuos pertenecientes a una sociedad secreta; a esos individuos se les quitó la vida. Nuestro dibujo reconstituye el hecho, mostrando, bien claramente, el ambiente de barbarie en que todavía se encuentra Persia.

UN DUELO TRAGICO

Parecía que la costumbre del duelo había desaparecido. No es así. Los duelos aún hoy se verifican, pero los que se verifican son en condiciones trágicas.

En New-York ha tenido lugar uno en condiciones trágicas. Lo motivó el amor de una famosa bailarina. Dos hombres se pusieron frente a frente, y uno de ellos encontró la muerte.

Parece que cuantos en él intervinieron eran del Estado de Ohio, y que el suceso se desarrolló en New-York para evadirse de la ley que en materia de duelos no alcanza a otro Estado de los federales.

Un adulterio y un hombre herido

(Continuación)

gaños—que empezó a entristecer a su mujer y enturbiar por tanto la dicha que disfrutaban. Fué entonces cuando con insistencias, asegurándola que conocía los motivos de su tristeza y con todo halago, pudo conseguir arrancar a su mujer una confesión que había de ser para él un golpe certero pero que no llega a romper el cariño que por ella siente y si sufre es pensando cuanta es la maldad de los otros que así vienen a robarle lo que es suyo. Nunca pensó matar al causante de su tristeza, solo ansiaba obtener de él una explicación a su conducta y la promesa de cesar el aquel empeño.

Con este propósito se fué en su busca indagando, preguntando por él, cuidando de no despertar sospechas para que lo que entre ellos van a tratar y que tanto supone para él no trascienda ni sea objeto de comentarios. Lo busca en su casa y no lo encuentra y para que sus propósitos contra Fernando se aminoren aún más concurre la circunstancia que supo en esta visita, que Fernando es hijo de un compañero de la Compañía, con quien le une una gran amistad. Al fin conoce la hora de llegada del tren en que regresa Fernando de servicio y haciéndose acompañar de su cuñado que puede contener sus ímpetus si llegase a acalorarse, en la discusión, se dirige en la noche del sábado en busca del que deshizo su tranquilidad para cortar esta situación que ya le pesa.

Minutos de espera junto a la puerta de salida de los empleados en el paso a nivel, que parecerían a Amadeo horas interminables; al fin la llegada del tren y después, dos hombres que, en traje de faena, salen en animada conversación, que lejos está de suponer Fernando que en plena vida y en momentos que nada puede sospechar, pronto muy pronto ha de sentir en su cuerpo la caricia caliente de la bala.

Amadeo se adelanta acompañado de su cuñado y es éste quien se dirige a los dos hombres para saber si es alguno de ellos al que buscan. Se da Fernando a conocer y entre ellos se entabla una discusión en que el hermano de Felicidad le expone las quejas de ésta y las acusaciones concretas que contra él lanza pidiéndole en su nombre y para bien de todos que cese en su propósito. Niega Fernando aunque sin mucha entereza y algunas palabras del otro maquinista que le acompañaba dan a entender al marido, que hasta el momento sólo se ha presentado como un compañero de su cuñado, que no sólo es cierto todo cuanto su mujer le ha referido, si no que el causante de todo el mal, se jacta de ello entre los compañeros.

Y así llegan hasa la puerta de su casa donde Amadeo obliga a acudir a su mujer y la pide que concrete sus acusaciones, son los argumentos tan definitivos, o es tanta la turbación de Fernando que no puede defenderse y calla, el marido al ver esta actitud, se encara con él para decirle "ahora es a mí a quien va usted a contestar porque soy el marido de esta mujer".

La impresión que debió recibir Fernando ante esta aclaración hecha de modo tan violento debió ser enorme, fueron unos minutos que mediaron entre estas palabras y el disparo en los que debió sentir el roce de la muerte, como huyendo de ella, dió dos pasos atrás y al verlo Amadeo ante el miedo de que aquel hombre que tanto daño le hizo pudiera escapar a su castigo empuñó el arma y disparó contra él. Ya ve usted, nos dice que hice un solo disparo no quise ni hubiera sabido ensañarme en él, no quería matar sólo quise castigar la osadía de aquel hombre que así había jugado con la dicha ajena, dejándole una señal para que se le conociera en lo sucesivo. Después le ví alejarse encorvado por el dolor, sin sentir deseos de disparar—y menos—, nos dice con una gran elevación de concepto, teniendo que herirle por la espalda. Luego, sólo recuerda los comentarios de los vecinos que se conducen de su desgracia, con las frases de rigor en estos casos, y que no se condolían antes cuando empezó para él la verdadera desgracia. Y mientras ve en el lugar del suceso; después lentamente sin remordimientos sin temores, convencido de haber obrado bien, se encamina a la Estación y como al llegar al andén vé a un policía a quien conoce, la Justicia toma en su imaginación forma corpórea, se dirige a él le cuenta con la misma sencillez con que ahora lo repite, lo sucedido, y acompañado de él se dirige.

Con esta natural resignación relata este hombre una página tan dolorosa de su vida, solo sufre por lo que su mujer haya sufrido antes y después de lo ocurrido, lo demás no le asusta está convencido de haber hecho lo único que podía hacer y que haría cualquiera en su caso, solo lamenta la gravedad del herido y si se restableciera de la herida no le guardaría ningún rencor.

Nos despedimos de él con esas frases de consuelo tan manoseadas y que tan poco pueden aliviar su dolor, y nos alejamos de la cárcel pensando que la Justicia será benévola con este hombre que defendió su honor y aún más su felicidad, y la muerte lo será también con el herido no tronchando una vida que está ahora en sus comienzos.

El crimen de la calle de la Justa

(Continuación)

La justicia puso todo su empeño, en esclarecer cuanto con el vergonzoso crimen se relacionaba. Nada se consiguió. El López Montero se encerró en un absoluto mutismo. Negó; negó hasta que él hubiera matado. Pero sus negaciones no tenían eficacia. Una, dos, varias veces fué reconocido en rueda de presos por diferentes vecinos, de la calle de la Justa como el hombre que atisbaba, como el hombre que perseguía, como el hombre que atentaba.

López Montero pagó con la horca su crimen en

el amenecer de una mañana gris y fría en la que las ráfagas de la ventisca, moviendo la puerta del suplicio, ponían medrosidad en el ánimo. Ni aun sobre el trágico tablado, habló el matador ¿Cayó por virtud? No. Las almas dispuestas al mal, no se detienen ante nada ni ante nadie; cayó por un convencimiento de conveniencias; cayó por que siempre, hasta el último instante, tuvo la esperanza de alcanzar el indulto y hablando se perjudicaba él más, al propio tiempo que perjudicaba a la persona que le había decidido a cometer el delito.

AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES

Un crimen extraño



LOS ^{GRANDES} SUCEOS

Nº 1º



MADRID 3 DICIEMBRE 1931



30 CTs

LOS SUCEOS EN EL EXTRANJERO



UN DUELO TRAGICO EN NEW-YORK



EJECUCIONES EN PERSIA